

Rotary Club, Nuestra Señora de la Asunción 2014.-

Queridos amigos,

Un año más la celebración religiosa y civil de nuestra Patrona, la Virgen, en su misterio de la Asunción en cuerpo y alma al cielo, nos da la ocasión de encontrarnos, en esta cena, dónde la acción profesional y filantrópica del Rotary de Avellaneda, se encuentra con el misterio de la fe, que también debe concretarse en obras de bien en favor de nuestra sociedad.

El Concilio Vaticano II, en su diálogo con el mundo, valora los esfuerzos humanos para transformar positivamente la sociedad. En la Constitución pastoral *Gaudium et spes*, número 9 señala: *“se afianza la convicción de que el género humano puede y debe no sólo perfeccionar su dominio sobre las cosas creadas, sino que le corresponde además establecer un orden político, económico y social que esté más al servicio del hombre y permita a cada uno y a cada grupo afirmar y cultivar su propia dignidad”*.

La fe no es un condimento de la realidad, hace parte de ella, por la creación todo, explícita o implícitamente está orientado a Dios y el hombre para ser en plenitud, para realizarse y contribuir al bien y al crecimiento de la sociedad tiene que estar en relación con Cristo. El mismo documento, en el número 22 nos dice: *“en realidad, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado”*.

Hay tres pasajes de la Sagrada Escritura que iluminan la función de la Virgen en la Historia de la Salvación: La anunciación, la visitación y la visión de la Mujer en el Apocalipsis, digamos una palabra sobre la Solemnidad de la Asunción teniendo en cuenta estos textos.

Cuando María pronunció su “hágase”, el Espíritu Santo desciende sobre ella y concibe en su seno al Hijo del eterno Padre. Desde ese momento todo su ser físico y espiritual fue revestido de una gloria celestial con una dimensión de eternidad. Llena ella misma de gozo, difundía alegría alrededor suyo, a tal punto que, cuando fue a visitar a su prima Elizabeth, el niño, de ella, salto de alegría en el seno. Y después del saludo entusiasta de Elizabeth, María misma exultó de gozo en su admirable “Magnificat”. El motivo de tanto gozo es que Dios, con la encarnación, toca nuestra realidad y abre el camino hacia Él.

Este Magnificat no es un canto guerrero, sino un canto de alabanza: “*Mi alma exalta al Señor...*” y aquello por lo que alaba al Señor es el hecho que, en todas las tensiones que después del primer pecado levantan a los hombres y a los pueblos unos contra otros, Dios siempre está de parte de los débiles, de los oprimidos, de los pequeños. Toda forma de opresión, sobre todo cuando se basa en la religión, es un sacrilegio y una blasfemia contra Dios, como recientemente nos decía el papa Francisco. Jesús en su predicación, en sus bienaventuranzas, nos confía la misión de realizar la liberación de los pequeños y de los oprimidos. De todos modos después de este admirable canto sabemos de qué parte está Dios.

El Hijo nacido del “Sí” de María es el Primogénito del Padre en la eternidad, el Primogénito de una multitud de hermanos. Este Hijo, plenamente hombre y plenamente Dios, conoció la muerte como todos los hombres, pero resucitó, primogénito de aquellos que han muerto, como dice Pablo en la Carta a los Corintios, abriendo el camino de la bienaventuranza eterna a todos sus hermanos en humanidad.

Era conveniente que aquella que había estado ligada tan profundamente, en su carne como en su corazón y en su espíritu, a la Encarnación del Hijo de Dios, fuese también ligada en todo su ser a la entrada de Él; con su humanidad, en la gloria del Padre. Esto celebramos en la Asunción: no una suerte de viaje espacial de María, como nos muestran ingenuamente las imágenes populares y también los cuadros de grandes maestros, sino más simple y místicamente el hecho que ella fue la primera, después del Primogénito, en ser tomada, asumida, con su ser entero, en la bienaventuranza eterna.

La visión al mismo tiempo grandiosa y desconcertante del Apocalipsis, que nos describe la victoria sobre el dragón de la Mujer vestida de sol y coronada de estrellas, nos recuerda que la lucha entre las fuerzas del mal y el reino de la luz (simbolizado por el sol y por la luna) dura siempre, pero que en Jesús y con la intercesión de su madre, las fuerzas del mal ya están vencidas. No queda más que hacer nuestra esta victoria. En el momento en que escribía el autor del Apocalipsis, el vidente de Patmos, la Iglesia hacía frente a la persecución del Imperio romano. En nuestro tiempo la Iglesia continúa siendo combatida (de muchas maneras, pensemos que hoy, en países musulmanes, ser cristianos es un riesgo para la vida), pero sobre todo la lucha entre las fuerzas del mal y las del bien continúan produciéndose en cada uno de nuestros corazones, siempre tentados por la sed del poder y de los bienes materiales.

La Mujer del Apocalipsis se retira al desierto. Nosotros debemos ir al desierto de la fe, de la práctica cristiana y de la calidad humana en nuestro servicio cristiano, profesional y social. La fe y los valores no es un escape a la responsabilidad de actuar y transformar el mundo, sino que son el ámbito

para encontrarnos con Dios, con nosotros mismos, y continuar, con Cristo y su Madre, la lucha contra las fuerzas del mal: aquellas fuerzas que también encontramos presentes en nuestro corazón, cuando tenemos la gracia de una sincera lucidez.

El presidente de Rotary Internacional Gary C.K. Huang los desafía a fortalecer la membresía, estimular el compañerismo y redoblar su labor de servicio, iluminando Rotary, para ello ve la importancia de incluir a la propia familia. Estos proyectos y discursos altruistas, coinciden en muchos aspectos lingüísticos con la predicación de la Iglesia. Queridos amigos, los invito a que los interioricemos y los enraicemos en la fe, en una auténtica vivencia cristiana que muestra en la vida concreta que no hay nada ajeno al Verbo encarnado.

Con María prosigamos esta lucha para ser asumidos también nosotros, como ella y con ella, a la gloria y en la bienaventuranza de su Hijo, en la medida que vencemos al mal y construimos una sociedad mejor. Entonces, como san Juan Bautista en el seno de su madre, saltaremos de gozo y como María cantaremos un eterno Magnificat.

Muchas gracias.



+ Mons. Rubén O. Frassia

+Mons. Rubén O. Frassia
Obispo de Avellaneda-Lanús